

“Talismán”.

Basta la palabra, título de la nueva exposición de Karina Beltrán en la Galería Estampa, para dejarnos arrastrar por corrientes mágicas, por paisajes flotantes en los que detenernos a respirar, a sentir el impacto de lo imprevisible, de lo que no se capta a simple vista, pero nos mueve íntima y emocionalmente. En este recorrido, que muestra gran parte de su trabajo más reciente, alrededor de 50 obras, la artista consigue que pensemos en las geografías planetarias, en la fuerza de las estrellas, en algún tipo de asidero, de consuelo.

“Hacer del dolor un talismán que cura”, decía Frida Kahlo, y Beltrán se sirve de esta frase para hablar de la esencia sanadora del arte. “Cuando empecé a pintar estas piezas pensaba en la idea del talismán que nos protege, del arte (la cultura en general) como lo único a lo que podemos agarrarnos ante un presente demasiado oscuro, de sombras, de guerras, de desastres naturales.

En un poema titulado “Talismanes”, Jorge Luis Borges enumera una serie de cosas que para él merecen tal denominación y entre ellas cita “la memoria de una mañana”. Mientras observamos las delicadas, atrayentes y enigmáticas composiciones que nutren esta muestra vemos el surgimiento de cada día, una ceremonia de la repetición y de la diferencia, nos reconocemos contemplando asombrados las formas cambiantes de las nubes, los colores del cielo...

“Botánica celeste. Planetas que son flores. Flores que son sexos. Bouquet cosmológico. Onirismo astral. ¿Trajo Karina Beltrán estas pinturas de las tierras del sueño, del cielo del sueño, como aquella maravillosa flor de Coleridge traída, también en un sueño, del paraíso?”, se pregunta el poeta Melchor López en el texto impreso que acompaña a la exposición.

Emma Rodríguez